

PIP Y LOS NIÑOS PERDIDOS



CHRIS MOULD

Título original: *Pip and the Lost Children*

1.ª edición: abril 2013

© Del texto e ilustraciones: Chris Mould, 2013
Publicado por primera vez en Gran Bretaña
por Hodder Children's Books

© De la traducción: Adolfo Muñoz García, 2012
© Grupo Anaya, S. A., Madrid, 2012
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es



ISBN: 978-84-678-4065-0
Depósito legal: M. 3.103/2013
Impreso en España — Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas por la Real Academia Española en la nueva *Ortografía de la lengua española*, publicada en 2010.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

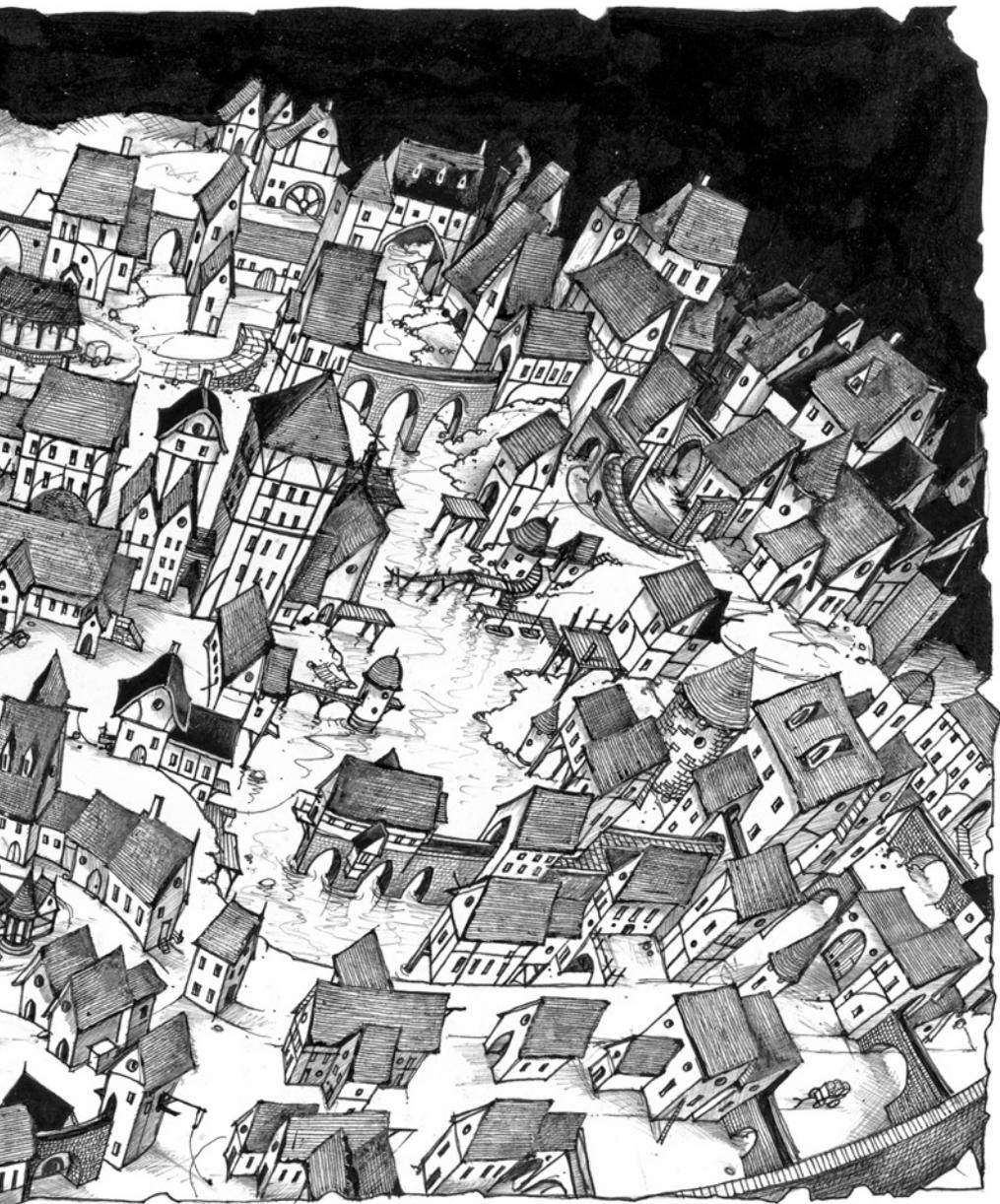
Chris Mould

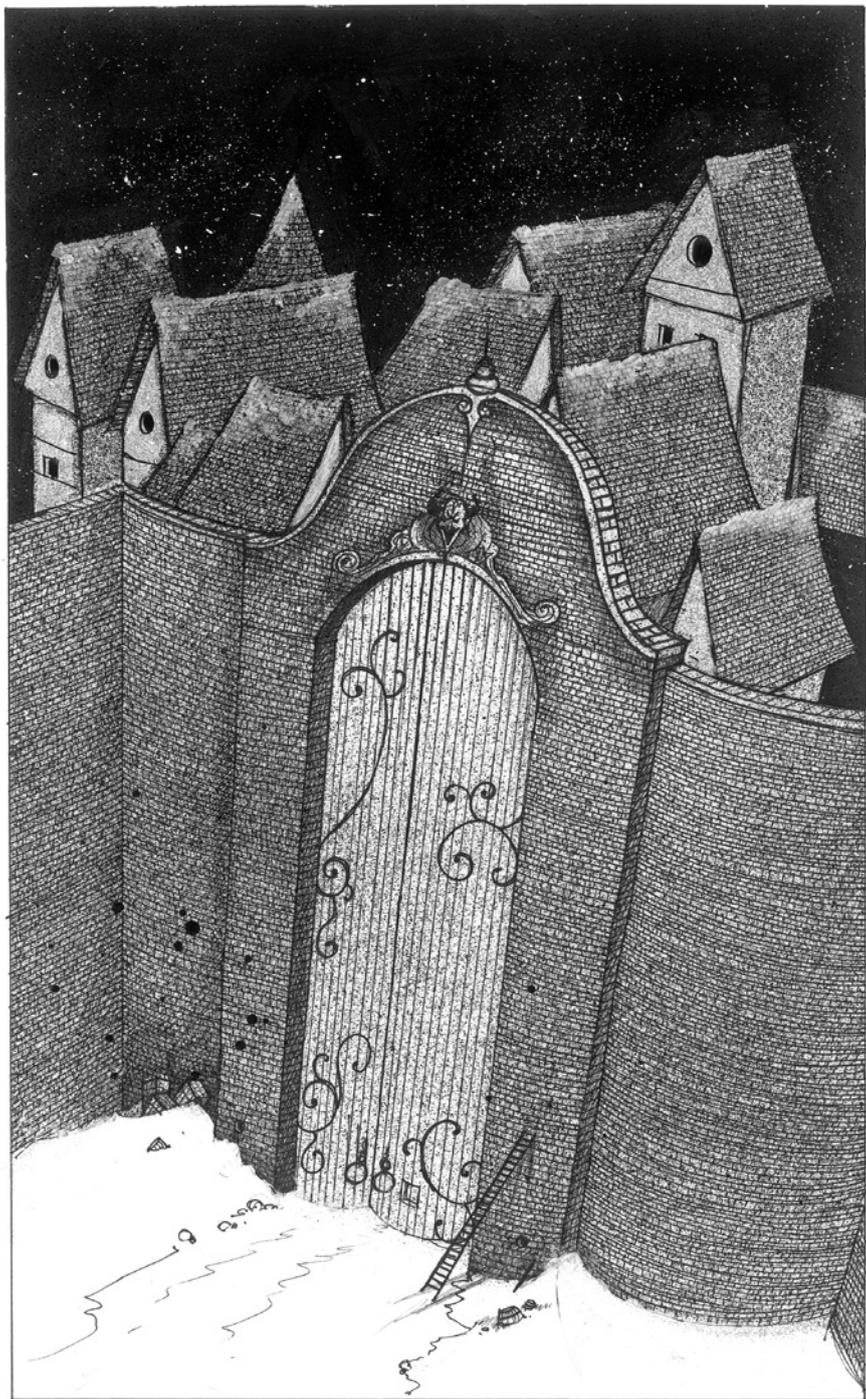
PIP Y
LOS
NIÑOS
PERDIDOS

Traducción de Adolfo Muñoz

ANAYA







CAPÍTULO 1



En el que regresamos a Valdelahorcado



Dejadme entrar con vosotros por las altas y chirriantes puertas de la muralla de Valdelahorcado. Pisaremos las benditas nieves del invierno, que extiende con suavidad una blanca capa sobre calles y casas, tejados y chimeneas, para ocultar todos sus males como si no existieran.

Todos los cuentos de Maricastaña os explicarán que aquí moran ciertas criaturas, bestias oscuras y siniestras que salen de los huecos de los árboles para cazar en manada por entre las calles y callejuelas adoquinadas, rastreando siempre en

busca de los niños de Valdelahorcado. Durante muchos años han venido de los bosques y proyectado su sombra en las puertas de la ciudad para llevarse consigo a los pequeños, a los que utilizan de prisioneros en la guerra que libran contra la ciudad.

Era inevitable que los niños terminaran prohibidos allí, que fueran apresados y encerrados en la prisión, fuera de todo peligro. Los rumores sobre niños escondidos eran frecuentes, y no tardaron en hacerse redadas por las casas y edificios de toda la ciudad. Hombres a caballo, que iban armados de escudo y espada, derribaban las puertas y se abrían paso a la fuerza. Pero los más desafortunados eran los que daban con sus huesos en las mazmorras del bosque.

En busca de niños escondidos, Jarvis fue nombrado guarda de la ciudad. Y se podía ver su carruaje retumbando por las calles a altas horas de la noche, cuando iba en pos de aquellos seres a los que odiaba por encima de todas las cosas.

Parecía que el invierno fuera a durar eternamente. La nieve y el hielo mantenían la ciudad en su heladora prisión, y todas las puertas al mundo estaban clausuradas.

Pero, si uno se fijaba mejor, podía ver algo diferente. Un cálido rayo de esperanza que brillaba acariciador, como intentando derretir los hielos.

Era la promesa de que algo rebullía y de que las cosas podían cambiar para mejor.

En el sótano de la vieja panadería de los Duprie, los hornos de pan crepitaban y calentaban la estancia. Desplomados sobre sacos de harina y durmiendo hechos un ovillo, se escondían allí quince niños que habían huido para salvar la vida. Habían llegado muy excitados, emocionados por la huida, felices de hallar un refugio donde quedarse. Ahora necesitaban descansar, pues huir de las garras de las criaturas del bosque había resultado agotador. Pip, Toad y Frankie habían rescatado a los otros doce de la prisión del bosque, y habían corrido para salvar la vida hasta que el corazón se les salía del pecho.



Nadie sabía qué pasaría después, pero lo que sí sabían era que el mero hecho de existir bastaba para ponerlos en gran peligro.

Frankie los había conducido hasta allí. La panadería de los Duprie era el hogar de su familia, aunque para entonces se encontraba deshabitado, pues sus padres y hermanos estaban presos en las mazmorras de la ciudad. En cuanto a Toad, era el muchacho de una posada llamada La Mano del Muerto. Su padre, el posadero, aguardaba con paciencia las noticias de su hijo. ¿Y Pip? Bueno, en cierto sentido todo aquello había sido culpa suya. Había llegado a Valdelahorcado por casualidad, huyendo de un orfanato que se encontraba a muchas leguas de allí. Su llegada había despertado a los rastreadores del bosque y los había sumido en una especie de frenesí, pues los chicos sueltos siempre excitaban el hambre de los seres del bosque.

Pip dormía profundamente, echado sobre un saco de harina y recibiendo con gustito el calor que salía de los hornos. Toad y Frankie, que se habían desvelado, hablaban sentados, mientras, a su lado, los demás dormían y soñaban. Observaban los cuerpos agotados que, alrededor de ellos, descansaban sobre los sacos, inflando y desinflando el pecho al roncar todos al unísono.

—¡Qué paz y tranquilidad! —susurró Toad—. Creí que no se calmarían nunca.

Incluso estando agotados, aquel gran grupo de niños se había mostrado muy revoltoso. La euforia por haber salido de la prisión del bosque había culminado en la panadería en unas horas de caos frenético.

—¿Y ahora qué? —preguntó Frankie—. ¿Adónde vamos ahora?

Toad la miró fijamente, contemplando la leve luz anaranjada que en la oscuridad danzaba sobre el rostro de ella mientras hablaba.

—No lo sé. Ahora estoy demasiado cansado para pensar —respondió—. Pip es muy inteligente, así que mañana por la mañana, cuando estemos todos despiertos, haremos planes.

—Sí, tienes razón. Pip verá las cosas de manera sensata. Nosotros también tendríamos que descansar —dijo Frankie.

—Sí, es verdad —admitió Toad—. Siento haberte despertado. Por ahí fuera ha pasado alguien. O algo.

Frankie asintió con la cabeza:

—Me parece que yo también lo he oído.

A su lado, había un niño que no paraba de dar vueltas. Edgar McCreedy era el más pequeño de todos, y también él tenía el sueño inquieto. Hasta entonces nunca había estado mucho tiempo separado de sus padres. Frankie le acarició la cabeza y vio que se calmaba.

—Tenemos que estar unidos —insistió ella.

—Desde luego que sí —dijo Toad, volviendo a recostarse en el saco de harina, que conservaba el hueco con la forma de su cuerpo—. ¡Somos la única esperanza de la ciudad!

Desplomados sobre sacos de harina
y durmiendo hechos un ovillo,
se escondían en la vieja panadería quince niños
que habían huido para salvar la vida...

Pip había llegado a Valdelahorcado por casualidad,
huyendo de un orfanato que se encontraba a muchas
leguas de allí. Su llegada había despertado
a los rastreadores del bosque. Nadie sabía qué pasaría
después, pero lo que sí sabían era que el mero hecho
de existir bastaba para ponerlo en peligro.

¡ADÉNTRATE EN EL MISTERIOSO
MUNDO DEL BOSQUE DE LA RUECA!

Si aún no
los has leído:



ANAYA
www.anayainfantilyjuvenil.com

1578168

ISBN 978-84-678-4065-0



9 788467 840650